

## LA TRAMPA

Juan vivía en una pequeña aldea, al norte de México. Estaba vaciando su casa y colocaba en una vieja camioneta los pocos muebles y otros objetos personales de su propiedad. Un pequeño grupo de personas lo miraban sin decir nada. Uno de los hombres, que llevaba sólo unos días en la aldea, rompió el silencio:

-¿No se arrepiente usted, Juan? –preguntó.

-No, no me arrepiento. Así no puede vivir una persona. Estas tierras sin agua no tienen futuro. En la capital me han ofrecido trabajo.

Unas mujeres habían preparado, fuera de la casa, unas tortillas. Se sentaron todos y comieron.

-El cafecito está estupendo –dijo el hombre-. Juan, ¿por qué no se olvida usted de la capital y se viene con nosotros a Estados Unidos? Somos cinco. Llevamos un buen guía. Saldremos todos la semana entrante.

-No cuenten conmigo. Ustedes háganlo, pero yo aquello ya lo he visto.

-¿Sí? Cuénteme –el hombre lo miró con interés.

-Yo conozco bien el camino. Me fui allí hace año y medio. Me fui solo. Necesitaba el dinero para el pozo. Con agua estas tierras serían buenas. Pensaba ir allí a trabajar un par de años no más. Para cruzar la frontera tardé dos días a pie. Todo el tiempo estaban los helicópteros de la inmigración volando por encima, pero no me vieron. Vi cómo agarraban a otros mexicanos y los hacían volver para acá. Yo pasé sin problemas y estuve trabajando unos días en la lechuga. Hubo una huelga y el patrón no me quería pagar. Yo, como no tenía papeles, tuve que buscarme otro trabajo. Me fui a trabajar con los tomates. Allí gané un buen dinero, pero pude trabajar sólo dos meses.

-¿Por qué? –preguntó el hombre.

-¿Usted no ha oído lo que nos pasó en Dallas? Pero si todo el mundo lo sabe. Estaba yo con un grupo de amigos de Monterrey en un café. La camarera nos estaba sirviendo unas cervezas. De pronto se abrió la puerta y un americano gritó: “¡Vienen los de inmigración! ¡Váyanse por la puerta de atrás! ¡Rápido!”.

-Una docena de mexicanos, sin tiempo para pensar, nos levantamos y salimos corriendo por aquella puerta que nos abrió la camarera. Cuando salimos a la calle, allí nos estaba esperando una furgoneta de la policía, y nos metieron a todos dentro.

-¿El americano que gritó era un policía?

-Pues claro, ¿qué podía ser? ¿Qué le parece a usted? Pues nos agarraron y nos trajeron a todos otra vez para México.

Juan se levantó.

-Pronto va a oscurecer –dijo-. Tengo que partir.

Se subió a la camioneta y partió. El grupo de personas que había estado conversando con él lo saludó con la mano. Unas mujeres agitaban un pañuelo. Todos estaban en silencio, mirando con tristeza cómo se alejaba la vieja camioneta.